

El Borges que yo conocí

Poco podría decir de novedoso después de tantas veces en que me referí a Borges, en forma escrita o verbal, a lo largo de muchos años. Pero es preciso recordar que el hombre con quien tuve una asidua amistad durante más de treinta dejaba a menudo de ser, para mí, el escritor impar que reconozco en cada lectura y se volvía, simplemente, un ser humano.

Pero ¡qué ser humano único, con su deslumbrante inteligencia, su peculiar sentido del humor, su timidez, su coraje, su terquedad, su cortesía, la bondad esencial que te fueron dando los años, las neurosis que se reflejan en la extraña originalidad de sus cuentos, la tremenda pasión por la literatura que invade el ensayo y la poesía!

¿Cómo definir en tan breve espacio a este amigo perdido, del que sin embargo me queda el legado inestimable de una obra que aún releo oyendo su voz? Era, ante todo, un hombre obsesionado por lo literario, a quien cada imagen o cada situación no te traían recuerdos de la realidad, sino el verso de un poema o la frase de algún libro. Le he leído innumerables páginas de sus autores favoritos y leerle era una enseñanza perpetua, porque a cada momento interrumpía para señalarme una expresión feliz o el modo eficaz en que se construía el relato. Era muy divertido. Siempre sostuve que fue la persona que más me hizo reír en mi vida, con sus ingeniosos disparates y su modo inimitable de utilizar el lenguaje para crear comicidad, a veces con una sola palabra colocada en un contexto inusual.

Era insobornable y de rectos principios, incapaz de transacciones ni de componendas; a veces se lo juzgó inflexible, cuando sólo era íntegro. Nunca le preocupó la fama, que le llegó por mérito propio y sin que jamás se interesara por su propia promoción. Su único propósito era lograr un párrafo perfecto por la concisión y la claridad y nadie puede negar que consiguió su objetivo.

Pero para mi recuerdo hay otras cosas entrañables, imágenes que no se borrarán hasta que se borren todas: su risa, sus torpes manos jugando con el bastón, su paso inseguro, su impaciencia cuando una no encontraba enseguida el libro buscado en la biblioteca, la avidez con que bebía agua, la mesurada ironía, la burla mordaz. Esas cosas que tal vez no importen en un gran escritor, pero que definen una persona y persisten en el recuerdo de quienes no sólo lo admiramos, sino que también lo quisimos.

Alicia Jurado
Ca'n Mossenya, Mallorca
24 de agosto de 2001